

PLINIO ALBERTO MEDINA

CDP 986.103

CAMPAÑA DE CASANARE

1816 a 1819

LAUREADA CON EL SEGUNDO PREMIO
POR LA ACADEMIA NACIONAL DE
HISTORIA, EN EL CONCURSO DE 1916



BOGOTÁ - MCMXVI

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE JUAN CASIS

CARRERA 8, NUMERO 254. APARTADO 13

A la memoria de los héroes ignotos.





CAMPAÑA DE CASANARE

1816 A 1819

INTRODUCCION

Todo es grande aquí e imenso:
El sol, la luna, las sombras,
Las verdisimas alfombras,
El cielo, cual papel tenso,

De la flora el vario incienso,
Las fieras, el bosque umbroso,
El silencio pavoroso,
De los ríos la creciente,
Las aves de vuelo ingente,
Y hasta el salvaje es grandioso.

(Fray Pedro Fabo. "A Casanare") (1).

Allá, en los albores del siglo pasado, los Llanos de Casanare eran, con muy pocas excepciones, tales como ochenta años atrás los vio el Reverendo Padre Juan Rivero, misionero jesuíta que el año de 1736 escribió una sencilla obra sobre tan interesantes regiones.

Tienen los Llanos una superficie de quinientos treinta miriámetros cuadrados en un suelo perfecta-

(1) *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, página 118, número 22, marzo 1.º de 1907.



mente plano. Algunos bosquecillos de palmeras rompen de vez en cuando la seriedad de la pampa, y sangrientas flores de cámbulo desgranán sus capullos sobre las aguas de los abundantes caños que en curso perezoso tributan sus caudales a los ríos.

Estos, que son muchos, van de occidente a oriente en busca del Meta, para determinar la hoya hidrográfica del Sur; la del Norte la determinan los ríos que desaguan en el Orinoco; éstos son el Sarare, el Arauca y el Capanaparo (1).

«La esplendidez y magnificencia de los Llanos no puede compararse sino viéndolos» (2). Son tan imponentes, que tan enorme extensión de tierra, vista desde una altura, semeja un mar de esmeralda en completa calma; los ojos se dilatan, y en el confín lejano vése sólo la línea magnífica del horizonte.

Una mágica pluma que acaba de romperse escribió: «Delante de nosotros estaba tendido, como un mar verde, sin ondas, sin rumor y sin límites, el Llano en toda su espléndida desnudez. Aquel océano de verdura que se presentaba ante nuestros ojos nos llenó de indecible regocijo. Lo contemplamos extasiados y respiramos a pleno pulmón el aire libre que de él nos venía» (3).

Pero no siempre el Llano presenta este aspecto seductor. En la época de lluvias, que empiezan en el mes de junio, los caños crecen, los ríos se desbordan

(1) Felipe Pérez. *Geografía Física y Política de los Estados Unidos de Colombia*, página 344. (Imprenta de Echeverría Hermanos. Bogotá, 1883).

(2) Juan Rivero. *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta*, página 1.^a (Imprenta de Silvestre y C.^a Bogotá, 1883).

(3) Santiago Pérez Triana. *De Bogotá al Atlántico*. Segunda edición, página 22. (Tipografía de la Revista de Archivos. Madrid, 1905)

e inundan la pampa haciendo intransitables las vías terrestres; las aves emigran, el vendaval desgarrá los plumeros de las palmeras, y bajo el cielo anubarrado se oyen, junto con la queja de los árboles, los mugidos de las vacas que se han guarecido en los confines.

Los pueblos que lo avivan son de muy escaso vecindario. Los principales son: San José de Pore, Támara, Arauca y Santa Rosa de Chire, en cuyas cercanías derrotó el General Joaquín Ricaurte al Coronel español Sebastián Calzada el 31 de octubre de 1815 (1); luego siguen: Moreno, llamado anteriormente La Fragua, por haber instalado el Conquistador Federman en dicho punto una forja para herrar sus caballos. Después el país independiente le cambió el nombre dándole el apellido del valiente Coronel Juan Nepomuceno; Arauquita, Tame, Guayabal, Paya, Orocué, Morcote y Nunchía, en cuyo recinto vio la luz el eminente repúblico Salvador Camacho Roldán el año de 1827 (2). Las demás son tristes aldeas que apenas llevan una ráfaga de vida a la inmensidad imponente de los Llanos.

Tal es Casanare, única provincia que permaneció casi libre en la guerra de la Independencia. Allí fue donde muchos patriotas se ocultaron huyendo de la tiranía española; también allí se formaron los aguerridos ejércitos que libertaron la Nueva Granada. De esto va ya para veinte lustros.

(1) Felipe Pérez. Obra citada, página 346.

El General Páez en su *Autobiografía* dice que el combate de Chire tuvo lugar el 31 de diciembre, pero probablemente hay equivocación, bien del autor o del editor, pues todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que Calzada permaneció en Pamplona con su división durante el mes de diciembre de 1815.

(2) J. M. Henao y G. Arrubla. *Historia de Colombia*, tomo 2.º, página 614. (Escuela Tipográfica Salesiana. Bogotá, 1912).



Con Morillo llegó a la capital del Virreinato granadino la época del Terror. Los patriotas que pudieron escaparla huyeron a los Llanos, dirigidos por el General Manuel de Serviez, nacido en Francia de un tronco distinguido; como segundo Jefe iba el entonces Coronel Francisco de Paula Santander, que había visto la luz en el Rosario de Cúcuta en abril de 1792 (1).

El ejército que los acompañaba se componía «de los restos de los batallones derrotados en Cachirí y en Cúcuta, aumentados con reclutas, y con mucha caballería de milicias sin la menor disciplina» (2).

El 5 de mayo Serviez pasó por Santafé con dirección a los Llanos; los dos mil hombres que llevaba quedaron reducidos a ochocientos infantes y cien dragones, pues la mayor parte desertaron antes de llegar a Cáqueza, siendo alcanzados por las tropas reales adelante de este pueblo, en la cabuya del Rionegro, donde se trabó un combate que dispersó a los patriotas, quedando vencedor D. Antonio Gómez, que capitaneaba las huestes pacificadoras (3).

(1) *Archivo Santander*, volumen I, página 115. (Aguila Negra Editorial. Bogotá, 1913).

(2) Francisco de Paula Santander. *Apuntamientos para las Memorias de Colombia y la Nueva Granada*, página 14. (Impresos por Lorenzo M. Lleras. Bogotá, 1636).

(3) *Archivo Santander*. Ob. cit., pág. 243.

Continuaron su marcha con un número mucho más reducido, doscientos hombres, por San Martín, hacia Casanare. Eran perseguidos muy de cerca por una columna que mandaba el Brigadier D. Miguel de Latorre, quien el 13 de junio les dio alcance en las orillas del Ocoa, les hizo algunas pérdidas, pero no les pudo cortar la retirada. El 22 nuevamente les pisó los talones en Upía, siendo este encuentro de alguna significación para el ejército republicano (1), pues muy disminuído llegó a Pore el 23 de junio, temiendo ya otra nueva tropa que acababa de invadir los Llanos por la salina de Chita, a órdenes del Coronel D. Manuel Villavicencio (2). El 29 de junio se interpuso este Jefe entre la columna que mandaba Latorre y la de los patriotas en las llanuras de Guachiría, en cuyo campo se trabó el combate; siendo éste defendido con bravura por el General Serviez y el Coronel Juan Nepomuceno Moreno, quienes quedaron vencedores, marchando enseguida a unirse al ejército que mandaba el General Rafael Urdaneta; esto tuvo lugar el 1.º de julio (3).

Existían en los Llanos, tres columnas de tropas republicanas, todas independientes, a saber: la de Serviez, la de Urdaneta y la del Coronel Valdés, que era la más numerosa y tenía su cuartel en Guadualito territorio venezolano.

Este Jefe, deseando que hubiera unidad en las operaciones y que cesara la anarquía obedeciendo todos a un solo Director, invitó a los Generales Serviez y Urdaneta

(1) José A. Paéz. *Autohistoria*, página 113. (Editorial América. Madrid, 1916)

(2) Manuel A. López. *Recuerdos históricos*, página 2. (J. B. Gatán, editor. Bogotá. 1878).

(3) José M. Restrepo. *Historia de la revolución de la República de Colombia*, tomo 1, página 417. (Imprenta de José Jaquín Besanzón, 1858).

neta, al Coronel Santander y a otros Jefes para que celebraran una Junta en Arauca con tal objeto. Ni Urdaneta ni Serviez pudieron asistir, pero ambos caudillos comisionaron a Santander para que los representara, y así, por medio de este enviado, poder aceptar las resoluciones que se acordaran. Valdés, un poco achacoso, se dirigió a Arauca a instalar la Junta (1).

En efecto, el 16 de julio ésta quedó instalada: «Componíala el Comandante Vadés, su auditor de guerra Unda, Santander, los Tenientes Coroneles Paredes, Guerrero, segundo de Valdés; Carreño, Comandante de infantería; Páez y Vásquez, Comandantes de escuadrón; Mesa, Jefe de infantería, y Burgos como apoderado del Gobernador de Casanare» (2).

En la sesión Valdés hizo ver la necesidad que existía de nombrar dos Jefes únicos, que tanto en lo civil como en lo militar rigieran la Comarca. La Junta aprobó, y por votación general salió electo Gobernador civil el doctor D. Fernando Serrano, que ya anteriormente lo había sido de la provincia de Pamplona; para su Secretario general fue escogido el doctor don Francisco Javier Yañes. Por último, para el mando del ejército, por mayoría de votos, salió electo el Coronel Francisco de Paula Santander, inteligente joven de veinticuatro años, que el año de 1809 había recibido grados universitarios en abogacía en los venerandos claustros de San Bartolome (3).

Grande fue la sorpresa que tal nombramiento produjo en las tropas casanareñas; dos motivos tuvieron

(1) Archivo Santander. Obra citada, página 291.

(2) J. M. Restrepo. Obra citada, página 418.

(3) Soledad Acosta de Samper. *Biblioteca Histórica. General Francisco de Paula Santander*, página 228. (Imprenta Moderna. Bogotá).

éstas para asombrarse: fue el uno la fragante juventud del Coronel; el otro, el haber en esas regiones varios Generales ya acostumbrados a la fiereza de los llaneros y a los rayos de fuego del sol canicular.

No menos admirado se mostró el Coronel Santander con ese cargo. «Yo vi con sorpresa, que hecho el escrutinio de los votos resulté nombrado. Inútiles fueron todas mis súplicas para inhibirme: los militares de la Junta se mostraron inexorables» (1).

El mismo Santander refiere que para entonces ya se le había tachado de enemigo de Venezuela, con motivo de las diferencias que tuvieron Bolívar y Castillo en Cúcuta, cosa en verdad bastante enojosa para mandar un ejército compuesto en su totalidad de llaneros venezolanos.

Luégo, los nuevos Jefes ordenaron que todas las tropas existentes en Casanare se trasladaran a Guadualito, con el fin de escurrirles el bulto a las fuerzas del Brigadier Latorre y del Coronel Villavicencio, que unidas formaban una división mucho mayor que las patriotas. Estos Jefes se dirigían a Chire a rechazar en toda forma a las gentes del Llano.

Era ya agosto, época en que las aguas llegan a su máximo; por tal motivo las sabanas estaban inundadas; la retirada de los republicanos a Guadualito fue muy difícil; las penalidades encadenadas venían a golpear los ánimos de los Jefes, que nunca flaquearon, sino que por el contrario, marcharon adelante.

El Brigadier Latorre, con la columna de Cazadores, húsares de Fernando VII, artilleros y carabineros, se dirigió aceleradamente a Chire, con el fin de cortarles la retirada a los patriotas; pero éstos, más avisados, ya

(1) Santander. Obra citada, página 21.

habían huído. Las furzas reales siguieron en su busca, teniendo que atravesar el río Casanare, muy temible en época lluviosa; con bastante dificultad lo hicieron, sirviéndose de unas artesas.

Después de ocho horas de marcha, extenuadas y llenas de fastidio, llegaron a Betoyes; pero hé aquí que no encontraron al enemigo (1).

Para pintar la tenacidad y el valor del soldado español, la pluma del insigne Manco escribió: «con llevar un español a mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes» (2).

Pero hé aquí que en esta campaña del Llano la constancia, tenacidad y valentía de los soldados españoles fueron burladas, pudiendo muy bien aplicarse tan sonoras palabras al ejército granadino por su abnegación única, su temerario arrojo, su valor salvaje. Pero no por esto «hay que negarle los méritos al adversario, porque—como dice Vergara y Velasco—es disminuir la gloria del vencedor.»

Las tropas reales, desalentadas, regresaron a Pore, con el fin de tomar cuarteles de invierno en dicho lugar. «De allí fue enviado el Capitán D. Manuel Morales a destruir algunos restos de patriotas que se habían quedado en Guanapalo» (3).

Estos fueron sorprendidos, y en calidad de bandidos fueron trasladados a Pore; allí la división al mando

(1) *Oficio del Teniente General D. Pablo Morillo al señor Secretario del Despacho de Guerra*, publicado en la *Caceta* de Madrid el 26 de junio de 1817. *Biblioteca Popular*, página 6, tomo III. (Jorge Roa, Editor. Bogotá 1898)

(2) *Las novelas ejemplares. La señora Cornelia*, página 72, tomo II, por Miguel de Cervantes Saavedra. *La Novela Ilustrada*. Madrid.

(3) J. M. Restrepo. obra citada, página 419

del Teniente Coronel Matías D'Escuté, que acababa de penetrar al Llano por la vía de Sogamoso y Tasco, ocupando a Sácama como magnífica posición, pasó por las armas al inteligente Fruto Joaquín Gutiérrez, abogado distinguido y entusiasta independiente. En esa misma fecha—cosa particular—en Santafé quemaban su efigie los pacificadores (1); a Juan Salías, ejecutado casi a la vista de su infortunada esposa, valiente venezolano, que fue apresado a orillas del Meta (2), y cuya vida recientemente ha tenido un delicado narrador, a Luis Abad, de origen español; a Luis Báez, natural de las Canarias; a Francisco Olmedilla, cuyo cadáver fue despedazado, y a Joaquín Zerda. Con inmensa abnegación estos patricios derramaron su sangre en favor de la patria.

San José de Pore ya había visto tan repugnante espectáculo, cuando en junio de 1810, fueron fusilados el 8 y el 26 respectivamente, José María Rosillo y Vicente Cadena, muy pocos días antes de oírse en Santafé el grito de libertad.

En las postrimerías del año, los pacificadores estaban ya casi dueños de toda la provincia de Casanare. Únicamente permanecía independiente, en las llanuras de Cuiloto, la guerrilla que dirigía Ramón Nonato Pérez, compuesta de doscientos hombres y quinientos caballos. Esta gente no quiso unirse al ejército que se encontraba en Guadualito, según lo relata el General Páez en sus interesantes Memorias (3).

Otro guerrillero notable era el Coronel Fray Ignacio Mariño, de la orden de predicadores, tan astuto

(1) *El Gráfico*, número 7, 3 de septiembre de 1910.

(2) *Juan Salías*, por Nicolás García Zamudio. *Boletín de Historia y Antigüedades*, página 365, número 102, Bogotá, julio de 1914.

(3) Obra citada, página 115.

como valiente, que con otros simpáticos llaneros y con ese sistema de guerrillas, «conservaron en los Llanos el fuego de la libertad granadina, pronta a extinguir; ellas fueron la base del ejército que luego organizó el General Santander para emprender la campaña de 1819» (1).

Tocaba ya a su fin el sangriento año de 1816, cuando Morillo, queriendo pacificar las llanuras venezolanas, salió de Santafé con dirección a Casanare, el día 16 de noviembre. Por algunos días permaneció en Sogamoso, mientras quedaban perfectamente transitables los Llanos. El 6 de diciembre continuó su marcha, seguido por un ejército de cuatro mil hombres, entre reclutas y veteranos, que ya con alguna anterioridad, una parte de éstos, acababa de invadir, por la vía del Norte, las llanuras, y avanzaban hacia Venezuela, dirigidos por el Teniente Coronel Carmona y el Capitán Rafael Sevilla.

Las tropas reales, al mando de Morillo, trasmontaron la cordillera con muchas dificultades. Luego salieron a la pampa, y en jornadas larguísimas empezaron el desfile, sufriendo penalidades sin cuento, perdiendo las cabalgaduras y enfermando la tropa, no obstante los oportunos servicios que les prestaba un escuadrón de reclutas llaneros, dirigidos por el Coronel Remigio Ramos que, conocedores del terreno, sabían vadear los ríos, coger el ganado y despresarlos para racionar al ejército.

Al fin, después de tantas penalidades, llegaron a las llanuras venezolanas, no habiendo encontrado con quién batirse en la provincia de Casanare; pues las débiles guerrillas, muy previsoras, habían huído a los

(1). Nicolás García Zamudio. *Fray Ignacto Mariño. El Gráfico*, número 280, de 25 de marzo de 1916.

bosques, para no ser arrollados por el famoso ejército que conducía don Pablo Morillo.

No sucedió así con las fuerzas que, dirigidas por el teniente Coronel Carmona y el Capitán Rafael Sevilla, penetraron a los Llanos por el norte, en dirección a Venezuela.

De San Cristobal del Táchira salieron estas tropas para la pampa el 16 de noviembre; el 1.º de diciembre llegaron al estribo de la montaña de San Camilo, límite del Llano. Oigamos al Capitán Sevilla que, con delicada sencillez, nos refiere sus impresiones:

«Eran las siete de la mañana. El sol matutino iluminaba ante nosotros un paisaje nunca por mis ojos contemplado.

«En una extensión tan dilatada, que sólo el horizonte visible le servía de término, veíase un mar de yerba, en el cual la brisa dibujaba perfectamente las movibles ondas. Diríase que era un océano cubierto de esmeraldas.

«Aquellas inmensidades inspiraban el sentimiento de lo sublime: la existencia del hombre en nada se revela allí. Parecía la tierra desierta acabada de salir de las manos de Dios, cuando la humanidad no había sido todavía creada.

«Para aumentar más la ilusión de que era un mar lo que teníamos delante, de trecho en trecho divisábanse algunas lejanas velas de buque; eran las palmeras; los pequeños bosquecillos u oasis que se columbraban, semejaban islotes en medio del azulado horizonte.

«Por medio de este desierto que se extiende inmenso hacia el sur, marchámos varios días de sol a sol. Los peces de aquel mar eran vacas y toros montaraces, caballos y venados que huían en grandes ma-

nadas, abriéndose paso por entre las yerbas que los cubría. El piso era abrasador y ceniciento como la lava molida de un volcán» (1).

Estas gentes marchaban con una vanguardia de cien hombres de caballería del país, que habían militado con Calzada y Morales. Entre ellos iba el Capitán Palomo, que seguía a las tropas reales—empleando la frase de un poeta (2),— «como un escudero tras de su señor». El negro Palomo era el tipo completo del llanero: muy «valiente y osado, hombre leal, que tenía vista de lince, mano de hierro y corazón de león». (3)

El 3 de diciembre, las tropas reales tuvieron un encuentro con los independentes. El llanero Ramón Nonato Pérez y su gente pelearon como salvajes; acometieron como fieras—dice Sevilla,—pero nuestro fuego a boca de jarro los diezmó. Varios, ciegos de coraje, lograron meterse dentro del cuadro por los claros que había entre mitad y mitad; pero allí pagaron con la vida su temerario arrojo. Los que escapaban de la infantería los pasaban a cuchillo los cien caballos de Palomo, que se habían colocado al amparo de la retaguardia» (4).

El zambo Pérez, como lo llama Sevilla, no fue vencido, sino que, al contrario, con mayor coraje les dio una segunda carga, tomándoles algunos prisioneros y una parte del equipaje, obligándolos así a retroceder.

El día 4 las fuerzas de Carmona y Sevilla tuvieron un nuevo encuentro con los «insurgentes,» diri-

(1) Rafael Sevilla, *Memorias de un Oficial del ejército español*, páginas 129 y 130. (Editorial América. Madrid, 1916).

(2) Francisco Villaespesa.

(3) Rafael Sevilla. Obra citada. Página 130

(4) Obra citada. Página 131.

gidos por el Coronel Concha, en las cercanías de Guadualito. El combate fue formidable; como en los tiempos heroicos, las tropas de uno y otro se despedazaron, luchando cuerpo a cuerpo; y así, «confundidas, caballería e infantería—cuenta Sevilla,—entramos en el pueblo españoles e insurgentes» (1).

En esta contienda, el Capitán Palomo, con sus cien terribles jinetes, defendió a las tropas reales, «hendiendo cráneos con su machete formidable.»

Y siempre, en todas partes, Palomo, el negro Palomo, el feroz Palomo, el valiente Palomo, cuyo escuadrón se llamaba de carabineros de Calzada.



(1) Obra citada. Páginas 134 y 135.



1817

Iba corriendo el tiempo; había entrado el año también sangriento de 1817; la cuchilla pacificadora, ebria de sangre, no dejaba de segar cabezas. Morillo, que ya estaba en Venezuela, había dejado como Gobernador Militar de la Nueva Granada, al sombrío Sámano, de infelice memoria.

La Patria se desangraba. Todas las provincias yacían en el espanto, estaban sojuzgadas. «Sólo Casanare respiraba» (1).

Los pacificadores, acongojados, acababan de atravesar este indomable territorio, y, tan pronto como se internaron en las llanuras venezolanas, como chispa incendiaria, salieron las guerrillas del Coronel Fray Ignacio Mariño, «de alto temple de alma pero superior en la acción» (3). Este clérigo, en compañía de los indios de las parroquias de Tame, Macaguane y Betoyes, fue el primero que levantó de nuevo la bandera de la rebelión. Había nacido en Chocontá, hacia 1770;

(1) José M. Quijano Otero, "*Compendio de la Historia Patria*. Pág. 246. tercera edición (Librería Colombiana. Bogotá. 1891).

(2) Constancio Franco "*Historia de la revolución de Colombia*" Pág. 168 (Imprenta de Medardo Rivas. Bogotá. 1881).

sus estudios los terminó en el Convento de Dominicanos de Santiago de Tunja. El año de 1799 fue enviado a Casanare como Misionero. «En la evangelización de los numerosos indígenas de esas dilatadas regiones duró más de veinte años, lo cual le valió el título de «Maestro de Misiones» (1).

El año de 1812 inició sus servicios militares, y el 6 de octubre de 1814 recibió el título de Coronel. Desde entonces, acostumbraba llevar, junto con el blanco hábito de Santo Domingo, los arreos militares.

A esta rebelión siguió la de Francisco Rodríguez y Manuel Ortega; éste último, era Mayordomo del Hato de San Ignacio, que mora a orillas del Casanare.

Dichos Jefes, con muy pocos hombres, «empezaron a hostilizar la caballería con que Bayer se dirigía a Guadualito» (2).

Estas guerrillas pronto tuvieron un nuevo Jefe, el Comandante Juan Galea, «militar valerosísimo, amaestrado en la escuela de Páez,» que había sido enviado desde San Juan de Payara, por este General, con el fin de que reclutara tropas y reuniera las guerrillas (3).

Nuevamente en Casanare, y con sólo cuarenta hombres, destruyó una columna que, a las órdenes de don Antonio Plá, marchaba a Guadualito, enviada por el Teniente Coronel Julián Bayer; éste, que se encontraba en Pore, tuvo conocimiento de lo ocurrido a la gente de Plá; y en compañía de seis húsares y cuatro dragones, se dirigió a las llanuras de Cuiloto, pero fue hecho prisionero por Francisco Rodríguez (4), quien,

(1) García Zamudio. Artículo citado.

(2) Quijano Otero. Obra citada, página 246.

(3) José A. Páez. Obra citada, página 156.

(4) O'Leary dice que fue aprisionado por Ortega.



con su guerrilla, unida a la de Mariño y ésta a la de Galca, formaban un total de doscientos cincuenta a trescientos hombres.

« Galea estaba ya reunido a la partida mandada por Francisco Rodríguez, cuando por sus vigías supo que iban tres hombres por la llanura; en el acto marchó Rodríguez a sorprenderlos. Aprehendióles en efecto, resultando ser uno de ellos el Teniente Coronel Julián Bayer, que se había adelantado de sus compañeros. En seguida fueron éstos rodeados y todos cayeron en poder de los independientes, perdiendo la vida el Jefe y los soldados españoles europeos, en represalia de los asesinatos cometidos por Morillo y sus subalternos» (5).

Una vez reunidas todas las guerrillas del Llano, resolvieron, de común acuerdo, asaltar a Chire, en cuyo lugar tenía D. Manuel Jiménez un escuadrón de ciento veinte hombres. Esto lo llevaron a cabo con feliz éxito el 27 de marzo, antes de que llegara la luz del día; entonces sorprendieron a los soldados en sus lechos; los cogieron desprevenidos, les quitaron las armas, municiones, vestidos y les tomaron algunos prisioneros; los demás, despavoridos huyeron a las selvas.

Los triunfos de los patriotas continuaban. En Pore existía una guarnición española de alguna significación. Con el fin de apoderarse de aquella capital, Galea y los suyos, para engañar mejor a sus guardianes, se disfrazaron con los uniformes que les habían tomado en Chire a los pacificadores. Así, con esa indumentaria, los sorprendieron, quedando los guerrilleros dueños de la ciudad.

Pobres patriotas granadinos que en la campaña de los Llanos, con sólo una lanza y en fogosos potros,

(5) J. M. Restrepo. Obra citada, página 451.

cual nuevos centauros, rodaron por las pampas casanareñas, sin abrigo, bajo el dombo magnífico del cielo. Atravesaron a nado los impetuosos torrentes de los ríos. Sufrieron hambres y fatigas, no teniendo en muchas ocasiones, por todo alimento, sino carne asada sin sal. Durmiendo muchas noches desnudos, a la luz de las estrellas, en sabanas anegadas. Sin armas ni municiones, «pues había escuadrones cuyas lanzas eran de palma de albarico» (1). Marchando siempre «por entre mares de aguas detenidas y privados de todo recurso, en busca del enemigo, (2)» pero con una fé inquebrantable y un valor increíble, como el de la heroica Grecia, para limpiar el suelo de tiranos y darnos libertad.

Oh patriotas! que por fortuna vuestros esfuerzos siempre fueron coronados por la victoria; y si os costaron mucha sangre, abundantes lágrimas y frecuentes desvelos, la patria, profundamente agradecida, hoy lo reconoce, aun cuando no ha podido recoger los nombres de muchos de vuestros compañeros, que peleando con valor indomable, cayeron en el polvo, y hoy tienen sepulturas de frío olvido.

¡Oh llaneros indomables! que como Ramón Nonato Pérez, defendieron su libertad con la lanza y el caballo; «y aunque sin conocimientos militares, fue capaz de repeler a los españoles cuantas veces quisieron invadir a Casanare» (3).

Los representantes del rey perdieron la provincia de Casanare. En todo el virreinato, se difundió la noticia de que los llaneros muy en breve, seguirían a invadir a Sogamoso y la Provincia del Socorro. En Santafé, la consternación fue colosal. Sámano ordenó que la

(1) M. A. López. Obra citada, página 3.

(2) F. de P. Santander. Obra citada, página 23.

(3) J. M. Restrepo. Obra citada, página 451.

mayor cantidad de tropas se instalaran en Sogamoso, con el fin de contener la invasión y batir a los patriotas. Estos, sin ningún temor sorprendieron un destacamento que guardaba a Sácama; lo mismo hicieron con el que guarneecía la salina de Chita, aun cuando el resultado no fue satisfactorio; únicamente pudieron tomar algunos víveres, retirándose en seguida a los Llanos.

En Sogamoso, se formó una gran columna de tropa española, mandada por el Mayor Capitán D. Juan Tolrá, quien, con seiscientos hombres de infantería, bajó a los Llanos y llegó hasta Pore. Pero hé aquí, que los soldados independientes burlaron su audacia, quitándole toda clase de recursos; por tal motivo se vio obligado a regresar el 11 de mayo a Morcote, en donde permaneció algun tiempo aguardando la llegada de un refuerzo de caballería.

«Desde allí hacía frecuentes excursiones sobre los pueblos inmediatos del Llano, y según sus partes oficiales, pasaba por las armas a cuantos cogía de los independientes» (1). ¡Cuánta sangre patricia fue derramada sin objeto en esa contienda!

El Brigadier Sámano, comunicó a Morillo la pérdida de Casanare; al mismo tiempo le participaba que en el verano siguiente bajaría a los Llanos, con un buen ejército de infantería y caballería para someter a la fogosa provincia.

La contestación de Morillo fue desalentadora: le decía que era bastante arriesgada la empresa, pues la caballería de los Andes no era propia para las tierras bajas, y mucho menos lo eran los jinetes; que la infantería, sin el auxilio de la caballería, era inútil en el Llano. Así es que nada adelantaría peleando con unos hom-

(1) J. M. Restrepo. Obra citada, página 452.

bres que han nacido y vivido siempre a caballo. Por último, le aconsejaba que se limitara a defender el Nuevo Reino, mientras que él acababa de pacificar la isla de Margarita, y luego pasaría a hacer lo mismo a la Nueva Granada (1).

El anciano Sámano siguió el consejo, y no se atrevió a internarse en Casanare; pues cuantas veces el ejército real bajó al Llano, lo hizo con tan mal éxito, que siempre se vio obligado a retroceder por falta de víveres, de caballos y buenos jinetes. Mientras que los patriotas retozando como centauros, corrían a la orilla de los ríos, arrojando la lanza sobre los soldados enemigos.

Estaba ya para terminar el año de 17, cuando tuvo lugar, el 21 de noviembre, cerca de Chocontá, la derrota de la guerrilla de los jóvenes Vicente y Ambrosio Almeida. Después del desastre, estos valientes granadinos, con veintiseis compañeros, lograron escapar a Casanare, por el camino de Miraflores, yendo a aumentar con un puñado de repúblicos el ejército patriota.

La Pola, entusiasta granadina, que mandaba gente y comunicaciones a los Llanos, fue sorprendida y reducida a prisión junto con quince compañeros. «Era esta muchacha muy desperdida, arrogante y de bellos proceder y sobre todo muy patriota» (2).

El 10 de noviembre fue el Consejo de Guerra donde el Comandante Tolrá. Luégo, en unión de sus cómplices, sufrió la pena de muerte en la Plaza Mayor de Santafé, el 14 de noviembre, del infausto año de 1817, segundo del Terror.

(1) J. M. Restrepo. Obra citada, página 454.

(2) J. M. Caballero. *En la Independencia*. "La Patria Boba." B. de H. N. Volumen I. (Imprenta Nacional, Bogotá, 1902.



1818

El astuto guerrillero casanareño Ramón Nonato Pérez y su compañía, continuaba inquietando al enemigo con alguna frecuencia.

El Coronel Pérez, había nacido en Pore, y conocía como ninguno la región llanera; pues desde niño había recorrido en distintas direcciones las caldeadas pampas, como buen hijo de la comarca. Era tan valiente como salvaje; sus conocimientos militares eran nulos y, entre otros defectos que tenía, pero que no es esta la ocasión de sacarlos a luz, dominaba en este defensor del país, el incumplimiento.

De los encuentros notables que tuvo el Coronel Pérez con los realistas, registrase en primer término, el de la Fundación de Upía, que acaeció en la segunda década del mes de febrero. La vigorosa pluma de Restrepo cuenta:

«Los españoles tenían allí ciento ochenta hombres acuartelados en una casa rodeada de empalizadas y defendida por un cañón. Los patriotas, para sorprenderlos, marcharon no por el camino, sino por medio de la sabana pajosa, y en los tres últimos días no encendieron fuego ni hablaron en voz alta. Cercanos ya al pueblo echaron pie a tierra, y armados de sables y lanzas, atacaron con mucho arrojo la casa fortificada,

tomándola sin embargo del vivo fuego que hicieron la artillería y fusilería de los realistas» (1).

En seguida vino, el 21 del mismo mes, la derrota de la columna española que dominaba las llanuras de San Martín, bañadas por el Meta. Después de otros encuentros insignificantes, que fueron, según Constan-
cio Franco, once, de los cuales salieron los patriotas vencedores en nueve (2), quedó purgada de enemigos la región de Casanare.

Sámano, que ya se había posesionado del Virreinato, queriendo vengar la derrota que las tropas reales habían sufrido en Upía, envió a los Llanos de San Martín al Coronel Carlos Tolrá, con quinientos infantes. Este llegó hasta Medina, pero temiendo penetrar en esos mares de verdura, sin recursos suficientes, como buenos jinetes y avezadas cabalgaduras, pues las bestias de los Andes es fácil que perezcan al bajar al Llano por la «diferencia absoluta de pastos y de climas» (3), regresó a Santafé, no sin avergonzarse por una vuelta sin ningún laurel.

Morillo, que en Venezuela había obtenido algunos triunfos, al saber lo ocurrido en la Nueva Granada al Coronel Carlos Tolrá, que era de un valor muy efímero, envió, acompañado de varios oficiales subalternos de infantería y caballería, para que tomara el mando de la Tercera división, al Capitán graduado de Coronel de Artillería don José María Barreiro, valiente joven que había sido educado para la guerra, en el Colegio Militar de Segovia (4). «Era de gallarda presencia, ilustrado, experto y valiente» (5).

(1) J. M. Restrepo. Obra citada, página 459.

(2) Obra citada, página 108.

(3) J. M. Restrepo. Obra citada, página 460.

(4) Constan-
cio Franco. Obra citada, página 189.

(5) Henao y Arrubla. Obra citada, página 203.

El 4 de agosto llegó a la Capital del Virreinato, en donde lo dejaremos organizando con mucha actividad tropas, para defender las avenidas de la cordillera desde Cáqueza hasta Sogamoso, y en seguida, poder sujetar a los revoltosos de los Llanos.

Pero esta empresa resultó bastante difícil, pues los revoltosos de Casanare, siempre estaban al corriente de todo lo que pasaba en la Nueva Granada, y «por medio de su correspondencia sabían inmediatamente cuanto hacía el Gobierno español, y los puntos que estaban débiles para atacarlos con seguridad» (1).

Pero, hé aquí, que los Jefes republicanos de esta Provincia, por fútiles rivalidades, se encontraban divididos; «y aunque el General Páez, envió a su segundo Guevara, con el fin de llevarlos a un común acuerdo, por desgracia no fue admitido» (2), por no quedar de hecho sujetos a la autoridad de este General de origen venezolano. Aquellos jefes eran los Coroneles Juan Nepomuceno Moreno, Ramón Nonato Pérez y Juan Galea; los terribles guerrilleros que con tanta bizarría se habían batido con las tropas españolas.

Varios granadinos que no eran de temperamento exaltado, «entre ellos un señor Soto», hicieron una solicitud al General Bolívar a Angostura, pidiéndole un jefe granadino, de buenas facultades, que viniera a poner paz entre las rivalidades de hermanos contra hermanos.

Bolívar, conocedor de los talentos militares de Santander, no tardó en ascenderlo a General de Brigada, y en mandarlo a Casanare, en compañía del Teniente Coronel Vicente González, el Coronel Jacinto Lara, quien se les unió mas tarde; el Teniente Coronel Antonio

(1) J. M. Restrepo. Obra citada, página 461.

(2) Antonio Obando, *Autobiografía*. Boletín de Historia y Antigüedades, número 94, página 596. (Bogotá, marzo de 1913.)

Obando, natural de Simacota. Allí había visto la luz el año de 1788 (1). Y desde el año de 1810, los servicios prestados a la Patria habían sido brillantes. Y, por último, venía el Sargento Mayor Joaquín París, joven de ventitrés años, de fisonomía interesante, que había nacido en Santafé el 18 de agosto de 1795 (2).

París, que acababa de llegar a Angostura, después de haber tenido una vida demasiado novelesca en Curazao, «pidió y obtuvo de Bolívar que le nombrase jefe de uno de aquellos cuerpos» (3), que se dirigían a Casanare.

Al fin, el 26 de agosto, después de haber recibido el General Santander mil fusiles y las municiones correspondientes, (4) para levantar en Casanare una división, con qué ayudar a las necesidades de la Patria, salió con su gente de Angostura, en dos buques y una lancha, remontando las aguas del soberbio Orinoco. Después de tres meses de una penosa navegación, llegó el 29 de noviembre a Casanare.

El General José Antonio Páez, que todavía conservaba el mando supremo de los Llanos, quiso suspender la penetración de las tropas de Santander a Casanare, porque, como dice él mismo, en carta al Hombre de las Leyes, «estando aquel país sujeto a mis órdenes, y no habiendo tenido aviso de su Excelencia el Jefe Su-

(1) *Autobiografía* citada, página 531, número 93 del Boletín de Historia. Febrero de 1913.

(2) Soledad Acosta de Samper. *Biblioteca Histórica*, "General Joaquín París," página 142. (Imprenta Moderna, Bogotá)

(3) Soledad Acosta de Samper. Obra citada, página 171.

(4) El General Santander, en sus *Apuntamientos*, dice que eran mil doscientos fusiles, pero en la relación hecha por Soublette, de los efectos de guerra que se le entregaron a dicho General, para el servicio de las tropas de Casanare, no aparecen sino mil. (Páginas 364 y 365, *Archivo Santander*). El General Obando en su *Autobiografía*, dice que conducían ochocientos fusiles y algunos vestuarios).

premo de la revolución, destinar a Usúa a mandar en él, debía extrañar y aun repugnar, un paso que no se daba por el conducto debido». (1)

Una vez que Páez recibió nota de Bolívar, comunicándole el nombramiento que había hecho para Casanare, (2) este Jefe, sin serle permitido desobedecerla, dejó que las tropas siguieran su marcha. Luego hizo reconocer a Santander como Comandante general de la Provincia, en una pomposa proclama, en que hacía el elogio del joven General, en términos claros y sonoros, fechada en Achaguas el primero de Noviembre.

Casanare era «teatro de la mas funesta discordia.» Sus tres jefes, «acaudillando cada cual sus tropas, se disputaban el mando y se desconocían recíprocamente»; (3) pero la presencia entre ellos del General Santander calmó la agitación. Este Jefe, tuvo la fortuna de persuadirlos, de inspirarles la mayor confianza y de reunirlos. Así, con suma obediencia, todos trabajaron activamente en la formación de un hermoso ejército, que fue la base para libertar la Nueva Granada al año siguiente.

El Genral de Brigada Francisco de Paula Santander, llegó a Casanare, trayendo sobre sus sienes gajos de frescos laureles, ganados por su arrojo y valentía, en Brión, Calabozo, El Sombrero, Semen, Ortiz y Rincón de los Toros. Ultimamente había sido condecorado con la orden de los Libertadores, y traía, junto con la honrosa nota que el Jefe del Estado Mayor General, D. Carlos Soublette, le acababa de expedir en Venezuela, (4) un oficio que el mismo General le daba, con las ins-

(1) *Archivo Santander*. Obra citada, página 366.

(2) Archivo citado, página 353.

(3) *M. A. López*. Obra citada, página 4.

(4) Archivo citado, página 108.

trucciones que debía observar para organizar las tropas casanareñas. (1)

Llegaba lleno de juventud y de un amor inmenso por la independencia de la Patria; si era un tanto ambicioso, la constancia en sus empresas militares la disimulaba, y su gran talento la ocultaba. «Era entonces de regular estatura, un tanto corpulento, lo que quitaba a su poder la gracia y dignidad de sus movimientos. De cabellos lisos y castaños, tez blanca, frente pequeña e inclinada atrás, ojos pardos con largas pestañas, hundidos, vivos y penetrantes, nariz recta y bien formada, labios delgados y comprimidos, barba redonda y corta. . . »

«Tenía talento, alguna instrucción y mucha aplicación a los negocios.» (2)

El regocijo que produjo el nombramiento de Santander, para Jefe de Casanare, fue general. El que fue luego Mariscal de Ayacucho, desde Guayana, el 18 de agosto, le escribía :

«Enviado usted al mando de Casanare, ningún destino puede lisonjear más la inclinación de usted, y esta acertada elección nos promete una organización bella en aquella provincia, rápidos progresos en nuestras armas, y un apoyo a las operaciones del ejército. Reciba usted, pues, una segunda enhorabuena, y los laureles por sus próximos triunfos.» (3)

Sólo el León de Apure, trató de desanimarlo; desde Achaguas, en 30 de octubre, un poco pesimista, le decía:

«Esta gente está endemoniada. Hierve en convulsiones y apenas Guerrero ha podido calmarla. . . »

(1) Archivo citado, páginas 363 y 364.

(2) Daniel F. O'Leary, *Memorias*, páginas 566 y 567 (Editorial América. Madrid, 1915).

(3) Archivo citado, página 362.

Y más adelante :

«En fin, usted se va a Casanare, pero quién sabe cómo saldrá usted. Una provincia miserable, sin recursos, sin hombres y sin nada, sólo puede servir para desacreditar a un hombre; y una provincia viciada en revolución no sé como puede desempeñar a su Jefe. Tenga usted esto presente para lo que pueda sucederle...» (1)

El español Antonio Arredondo, que militaba en el ejército libre, desde Zapatosa, a 28 de noviembre, lo expresaba :

«Hoy respiramos, al fin, al saber que se aproxima Usía con facultades y auxilios del Supremo Jefe, para remediar a ambos males; motivo por el cual todas las gentes celebran su venida, y mucho más nosotros que, cansados de sufrir las penalidades del Llano, comenzamos ya, con razón, a concebir esperanzas de establecer un nuevo orden de cosas en Casanare y de que fenezca este linaje de destierro en que hemos caído.»

Luégo, sigue un corto resumen de lo ocurrido en Betoyes al batallón encomendado a su guarda, y la mejora de éste, cuando fue trasladado a Zapatosa. Termina la carta con estas bellas frases :

«Usía no debe dudar un momento de mi obediencia : mi persona, las armas, la Oficialidad, todo está a su disposición, pues nuestros deseos no son otros que militar bajo las órdenes de un jefe de la instrucción, experiencia y prudencia de Usía». (2)

Desde Angostura, a 30 de Noviembre, el General Carlos Soublette, suponiéndolo ya en Casanare le dice :

«Loveo ya, pues, llegado a Casanare y trabajando con mucho ardor en formar una división respetable;

(1) Archivo citado, página 367

(2) Archivo citado, páginas, 369 y 370.

pues ahora, además de la satisfacción de trabajo por la causa en general, concurre la circunstancia de hacerlo sobre el territorio que le es más caro.»

Y luégo para terminar:

«Fortuna, amigo, le deseo por el bien de la Patria y por el aumento de sus glorias.» (1)

El beneficio de la Patria fue inmenso, y las glorias de Santander, a medida que van corriendo los años, crecen y se dilatan llenando con su fama todo el Continente Americano.

(1) Archivo citado, páginas 372 y 373.





1819

Casanare había sido agregada provisionalmente a Venezuela; siendo en aquella época, gobernada por leyes y magistrados de aquel país. (1)

Al empezar el año glorioso de 1819, el General Santander, ya había logrado en muy poco tiempo formar un disciplinado ejército; éste fue distribuído en distintas direcciones, con el fin de guardar el territorio de la invasión española, encomendada al General Barreiro, que ya se aprestaba a penetrar al Llano.

Sobre la serranía de Paya, se colocó una columna de infantería, con un cuerpo de caballería para que atacara al enemigo que penetrara por aquel sitio; sobre la de Santiago, se colocó un fuerte cuerpo de caballería y dragones, para que rechazara a cualquier columna que intentara forzar aquella vía; y, con una fuerte reserva que quedaba, en caso fortuito, se auxiliarían estas operaciones. Si el ilustre jefe, lograba bati-
tir tales tropas, no quedaría sino una columna que venía por Chita, que era la más numerosa; así toda la provincia estaría en libertad. (2)

Había entrado ya el segundo mes del año, y San-

(1) O'Leary. Obra citada, página 654.

(2) Archivo citado, página 399 y 400.

tander seguía comunicando felices nuevas al General Bolívar. Desde Pore, el 13 de febrero, le decía :

«El enemigo no ha hecho movimiento, acaso porque sea cierto que atenciones graves lo llaman al sur de la Nueva Granada... Si se verificare la invasión del enemigo a los Llanos, creo le costará muy caro su temeridad. En todo evento las órdenes de Vuestra Excelencia, muy conformes al plan de campaña que me he propuesto, serán puntualmente cumplidas. Vuestra Excelencia debe vivir descuidado por esta parte, pues mil probabilidades de obtener sucesos ventajosos están en nuestro favor.»

«Las tropas de mi mando reciben momentáneamente la instrucción y disciplina que Vuestra Excelencia desea, y que considero necesarias para obtener ventajas en la actual contienda. Seré inexorable en sostenerlas en todo su vigor. En la Provincia y en el ejército reina la mayor tranquilidad y unión. Nadie ha dudado reconocerme, y todas las órdenes se cumplen puntualmente. He cuidado de estar a la mira sobre la conducta de los que han gustado de la anarquía y de hacerles temer un castigo severo al menor desliz que tengan. Vuestra Excelencia es obedecido general y sinceramente.» (1)

Las tropas organizadas por el Jefe del ejército de Casanare, de día en día cobraban mayor reputación. Desde Arauca, el 18 de febrero, el indomable guerrillero Nonato Pérez, a dicho jefe, le decía:

«He recibido la apreciable de usted de 13 del corriente, y por ella estoy impuesto de las noticias que me comunica de haber salido tropas enemigas por Sogamoso, sobre que no estoy descuidado. Dios quiera que

(1) *Archivo Santander*, volumen II, página 68. (Aguila Negra Editorial. Bogotá, 1914).

logre usted destruírlos si intentan acometer a esa Provincia, que no lo dudo por su energía.» (1)

El odio de los casanareños a los españoles se había aumentado debido a la conducta que estos últimos observaban con los habitantes de los Llanos. El Virrey Sámano, desde el año anterior, había expedido una bárbara circular a todos los Comandantes del Nuevo Reino, con el objeto de que no dejaran hombre alguno que fuera adverso al Rey. (2)

Los representantes de la monarquía, en vista de tan salvaje orden, saciaron sus furores con más pasión en los habitantes de Casanare; por tal motivo, el encono de los llaneros contra los españoles llegó al mayor grado de exaltación; y cuando fue la hora de salvar la Patria, y un experto jefe penetró a Casanare, con el fin de organizar tropas para derrotar la tiranía, todos, «el militar, el labrador y el eclesiástico,» cooperaron con el mayor interés» para formar el ejército patriota, que para marzo contaba ya con más de mil infantes.

Entusiasmado el General Santander con los adelantos de su ejército, expidió una alentadora proclama el 17 de marzo, en La Laguna. Dicho escrito llegó manuscrito a Santafé y circuló en el mayor secreto, llenando a los patriotas de muchas esperanzas. Esta proclama dice así:

«Cuando, en los últimos días de noviembre del año pasado, tuve la satisfacción de poner el pie en el territorio de Casanare, consagrado a la libertad, lloré sobre los males en que lo encontré sumergido. Sin fuerzas suficientes que oponer al enemigo, que se preparaba a invadir la provincia; dispersos y disminuídos los cuerpos del ejército; el Tesoro Público exhausto, y lo que

(1) Archivo citado, página 72.

(2) J. M. Restrepo. Obra citada, página 583.

era más sensible, los ánimos todos discordes, divididos, oponiendo dificultades para realizar los proyectos o medidas más saludables; tal era el melancólico estado en que se hallaba esta heroica provincia.

«Después de tres meses de mi mando, ¡qué aspecto tan diferente presenta a nuestros conciudadanos! Un ejército formidable por su número, formidable por su valor, más formidable por su disciplina, forma las esperanzas de todos los granadinos; el Tesoro está recibiendo fondos con qué ocurrir a los gastos del ejército sin necesidad de acudir a contribuciones extraordinarias; la discordia ha desaparecido, y en su lugar impera el orden, la organización y la tranquilidad. Casanare en vez de temer a los tiranos, es temible a sus depravados designios.

«Estoy muy distante de atribuirme el mérito de tan feliz y pronta transformación. No soy yo, sois vosotros los que la habeis efectuado. Dóciles, obedientes y animados de un patriotismo muy puro, muy poco he tenido que poner de mi parte. El militar, el labrador, el eclesiástico, todos han cooperado con el mayor interés a la creación de tropas, a su organización, a su subsistencia, al restablecimiento del orden y pública tranquilidad.

«¡Oficiales, soldados, ciudadanos de todos estados! Me glorío de estar al frente de hombres cuyo patriotismo y obediencia no tiene límites. Me lisonjeo con la esperanza de que sabréis sostener y conservar la obra de vuestros esfuerzos. Me prometo que con el mismo interés con que hasta hoy os habéis conducido, os conduciréis no solamente en la defensa de dicha provincia, sino en las operaciones que emprendiéremos contra los opresores de nuestra patria.

«Soldados! de vuestra constancia y de vuestro va-

lor depende la suerte de la Nueva Granada. Ciudadanos! de vuestro patriotismo depende el aumento y conservación del ejército. No manchéis vuestro nombre, ni hagáis gemir en una perpetua servidumbre a vuestros compatriotas. *O perder la vida combatiendo contra los enemigos de la Independencia, o salvarla con honra y con honor salvando nuestra patria*, es la alternativa que os resta y que yo debo presentaros.» (1)

El infatigable Santander, que no sólo se ocupaba en organizar el ejército, sino también en los adelantos morales y materiales de la Provincia, notando que no había moneda con qué subvenir los gastos de la tropa, pues la comarca estaba demasiado pobre, no tenía comercio, ni industrias, ni agricultura, ordenó se acuñara un poco de plata, que quedaba en algunas iglesias, para no acudir a los detestables recursos de la contribución.

Para este trabajo, se adoptó el modelo de la moneda caraqueña, disminuída un poco de su tamaño; y siendo reducida su circulación a Casanare, dice el Hombre de las Leyes: «No me parece que producirá los males que ordinariamente sobrevienen a un Estado, cuando se emite una moneda, que al aumento de un valor numeral se añade la disminución de su valor intrínseco.» (2)

A mediados de marzo, el enemigo intentó invadir los Llanos por las entradas de Paya y la Salina, pero fue rechazado por el General Santander, quien hizo un movimiento total con sus tropas, logrando tomarle algunos prisioneros. (3)

(1) Archivo citado. Páginas 87 y 88.

(2) Archivo citado, página 97.

(3) Archivo citado. Página 118.

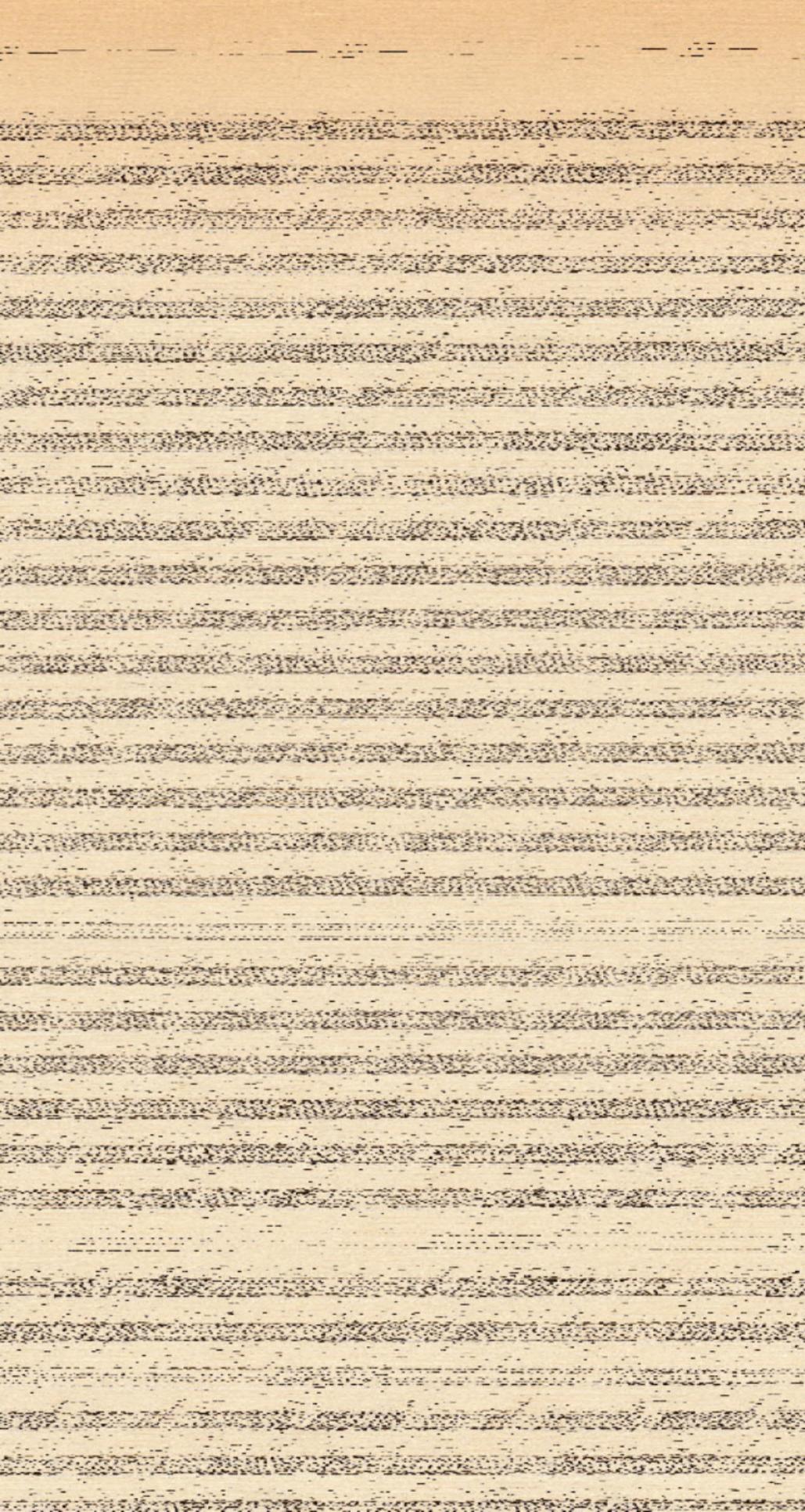
El General Barreiro, con nuevo refuerzo de gentes, salió de Morcote el 5 de abril con doscientos cincuenta y seis infantes y quinientos cuarenta y dos jinetes; en Sácama debían aumentarse sus tropas con quinientos hombres, dirigidos por el Capitán Jiménez. Con tan brillante división bajó a las llanuras por la confluencia de los ríos Tocaría y Labranzagrande. Después de haber atravesado el primero de éstos, el caño Moato y el río Pauto, siguió hacia Pore, perdiendo en las dos primeras jornadas la mayor parte de los indios que le servían de guías, quedándole únicamente cinco. El 9 de abril llegó con su división a la capital de la provincia. En el trayecto de Morcote a este último lugar, los individuos con quienes tropezó en su marcha fueron muy pocos. « Sólo he podido encontrar—cuenta el General Barreiro en carta a Morillo, fechada en Pore el 5 de abril—dos hombres, y uno de ellos loco, que nada se le pudo entender, y tres mujeres que fueron sorprendidas en sus cabañas.» (1) Los patriotas huían de los peninsulares con tanto temor como si éstos fuesen bestias salvajes.

El 13 de abril, dice el Genetal Santander en oficio al General Bolívar, «pasó Barreiro por el pie de la montaña a reunirse a otra división que el día anterior había entrado en La Laguna, en donde yo había fijado desde febrero mi cuartel general.» (2)

El valiente jefe se hallaba con sus tropas acampado en El Palmar, sobre el ala derecha del enemigo; éste seguía en dirección a las llanuras, con cerca de ochocientos hombres de caballería, que cerraban tres columnas; pronto llegó al campo de los patriotas; entonces el General Santander ordenó que dos divisiones

(1) General Santander. Obra citada, página 27.

(2) Archivo citado, página 118.



haber vencido a los patriotas. Regresaron, como vulgarmente se dice, con cajas destempladas, y, como lo escribe el erudito historiador, sin fuerza moral, «pues todo el mundo conoció que era imposible a los realistas de la Nueva Granada sujetar a los *ladrones de Casanare*, como se les había denominado hasta entonces.» (1)

El General Santander ordenó que el ejército real fuera perseguido hasta sacarlo del Llano. Este, después de haber sufrido grandes hostilidades, abandonó el territorio que fue tan desgraciado para sus tropas. Los patriotas lo persiguieron hasta la cordillera; una columna ocupó a Morcote; otra, conducida por Santander, a Paya, sin ningún resultado favorable. Allí las gentes de Barreiro, antes de retirarse a Labranzagrande, incendiaron los almacenes que tenían. (2) Por último, una tercera de infantería, mandada por el Comandante Antonio Obando, sorprendió y cogió prisioneros a cuarenta soldados y tres oficiales que custodiaban la Salina de Chita.

El General Santander había destinado al Comandante Antonio Obando para que, con la infantería, atacara en Chita a dos compañías del Batallón 1.º del Rey, que se habían quedado custodiando los equipajes de Barreiro.

Obando se dirigió a este sitio con dos compañías: la primera del Batallón Cazadores, mandada por el Capitán José Vegal, y la primera de su batallón, mandada por el Capitán José Leal. Dejemos que el citado Comandante nos relate la hazaña:

« En dos días de marcha y una noche me puse

(1) J. M. Restrepo, obra citada, página 469.

(2) Antonio Obando. Obra citada, página 599. Número 94 del *Boletín de Historia*.

sobre la Salina a las tres de la mañana. Como era muy temprano para dar el asalto sin que pudiera escaparse ninguno, mandé hacer alto a la columna y que descansaran. Me puse a la cabeza con el Sargento Mayor León Galindo y el Capellán. De antemano yo había distribuído las partidas que debían dirigirse al cuartel a tomar el castillo y la casa de los oficiales. Sabía que el cuartel de las dos compañías estaba en la esquina de la plaza, que yo conocía. Me quedé dormido y me despertó el Mayor Galindo al toque de diana de las dos compañías godas. Inmediatamente me puse en marcha sobre el puente, llevando por delante los cinco pasados. (1) Estos sorprendieron el destacamento, que contaba efectivamente cuatro soldados y un cabo. El puente está a media cuadra del pueblo, al pie de la barranca sobre que se encuentra situado éste. Hallándome allí haciendo salir las partidas destinadas, se presentaron unas mujeres sobre la barranca, y al vernos dieron la voz de «¡los patriotas!» Al instante di la orden de marchar a trote, antes de que supieran los oficiales de la plaza. El foso tenía su puerta y yo iba a la cabeza de la columna porque no hubo tiempo para que salieran las partidas destinadas. Me presenté a la puerta del cuartel cuando ya estaban formadas las dos compañías; les di la orden de «¡armas a la espalda y ríndanse, que los patriotas están sobre ustedes y no dan cuartel si hacen la menor resistencia!» Inmediatamente pusieron las armas a la espalda. Les repetí la voz: «Fuérea de cartucheras!» Desarmada aquella tropa, la hice desfilar para la plaza y conducirla al castillo, y mandé poner una guardia en el cuartel. A este tiempo se oyó fuego en la casa de los Oficiales; ocurrí a ella, e

(1) Se refiere a cinco soldados del ejército de Barreiro que se habían pasado al de los patriotas.

hice forzar las puertas. Los asistentes que hacían fuego fueron muertos y los Oficiales prisioneros. Estos, aunque se hallaban en el cuartel a tiempo de la sorpresa, como había comunicación entre éste y su casa por el interior, tuvieron tiempo de encerrarse y hacer una resistencia temeraria con sus asistentes.»

«Dí parte al General del buen éxito de la operación, y mandé los Oficiales presos para el Llano. Ordené en seguida a los Jueces del lugar que me reclutasen todos los hombres que pudieran para conducir las armas y caballerías, y para los equipajes y vestuarios tomados al enemigo. Los jueces no pudieron conseguir sino solo 30 hombres y muy pocas caballerías, de manera que no tenía en qué conducir el armamento, que constaba de 160 fusiles, los equipajes, alguna sal, harina y aguardiente que pensaba llevar, porque la tropa apenas alcanzaba a custodiar los prisioneros, que eran en número igual. En este conflicto, y temiendo que Barreiro intentase su retirada por el mismo camino que había dejado, como era muy natural, ocurrió al arbitrio siguiente: llamé a los cinco pasados y les ordené que fueran al castillo y les hicieran saber a los prisioneros que el General Barreiro había sido derrotado por nosotros en Pore, y que aunque él se había escapado, la mayor parte de su fuerza había sido prisionera, y que ellos eran de este número. Esa noche me encerré yo en el castillo con toda mi tropa; al siguiente hice bajar a los prisioneros a la plaza, les dirigí la palabra y les anuncié lo mismo que ellos sabían ya por los pasados; les manifesté que en llegando al Llano se emprendería la campaña sobre Nueva Granada, y que el triunfo sería seguramente favorable a nosotros; pero que sin embargo, los que quisiesen seguirnos diesen un paso al frente, y los que

nó, recibirían su pasaporte para donde quisiesen dirigirse. Todos salieron al frente. Los conduje al cuartel y los armé con sus mismas armas. A los treinta paisanos los cargué de sal, aguardiente y harina, y a cada uno le puse un soldado al lado; en las caballerías hice poner los equipajes y vestuario, y marchamos para el Llano.» (1)

Seis días después el Comandante Obando era recibido por su División en medio de muchos aplausos y regocijados vivas. La hazaña fue digna de haber sido cantada por el Duque de Rivas.

El 29 de abril, desde el cuartel general de La Palma, Santander, después de referirle en carta al General Bolívar los triunfos de su gente, le da cuenta de los desastres del ejército de Barreiro, tales como la deserción de sus mejores soldados y la pérdida de sus más fuertes caballos. Termina la carta con un párrafo en elogio—muy bien merecido—de los habitantes de los Llanos:

«La justicia exige que yo manifieste a V. E. y al mundo el interés y entusiasmo de los habitantes de Casanare por su independencia. Todos han venido al ejército sin ser llamados, y desertores antiguos, que no se habían presentado a favor de los indultos, han aparecido con la invasión de los enemigos. Las poblaciones han sido abandonadas absolutamente, y ni una sola persona ha estado entre ellos. Casanare es digno de la libertad que ha comprado a bien caro precio.» (2)

Al fin un destello luminoso empezaba a despejar el cielo de la Nueva Granada. El Virreinato, carcomido, se derrumbaba; y sin embargo, el anciano Sámano publicaba en Santafé noticias muy felices sobre

(1) Autobiografía citada, páginas 598 y 599.

(2) Archivo citado, página 120.

los triunfos de Barreiro en los Llanos; las campanas se echaban a vuelo, los cohetes reventaban sus granadas de colores; las músicas callejeras lanzaban sus notas a los vientos; pero, en medio de tanto aparato, había muchos sustos comprimidos en los súbditos del Virrey; a la ciudad llegaban partidas de españoles heridos de lanza; las contribuciones para hilas no escaseaban y el despacho de botiquines no se interrumpía. (1)

Para el 29 de abril estaban totalmente libres de firanos las llanuras. Por este tiempo, unos cinco días antes, el Coronel Jacinto Lara solicitó del Jefe de Casanare permiso para unirse al ejército venezolano; el General Santander no quería dejarlo marchar, pero al fin accedió, por no tener en su división un Jefe muy susceptible que siempre estaba temiendo ser desairado, «no por mí, le dice en carta a Bolívar, sino por los demás Jefes;» luego añade:

«Debo decir a V. E. que el Coronel Lara se ha manejado con el honor con que ordinariamente ha acostumbrado, y que siento su separación.» (2)

Como se ve, la retirada de este Coronel venezolano, del ejército de Casanare, no fue, como lo afirman algunos historiadores, por desavenencias con el Jefe superior; únicamente un delicado pundonor hizo que este Coronel regresara a las llanuras del Apure, al lado del Libertador. «Y los informes verbales que dio el General Lara (3) decidieron a Bolívar, que estaba en el Mantecal, a orillas del Apure, a emprender una

(1) José M. Groot. *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, tomo III, página 460. Segunda edición. (Casa editorial de Rivas. Bogotá. 1891).

(2) Archivo citado, página 113.

(3) No era sino Coronel.

campaña sobre el Virreinato, reuniendo sus tropas a las mías a despecho de los obstáculos que presentaban las inundadas llanuras del Arauca, y la desnudez del ejército.» (1)

Los triunfos de las tropas patriotas continuaban. Desde el cuartel general del Palmar, el 5 de mayo, Santander escribía al Presidente de la República de Venezuela:

«... Así es que V. E. habrá visto en los diarios, que jamás estuvieron las tropas fuera de sus posiciones que el enemigo ocupó, y que le fatigamos y le causamos hostilidades, hasta que, persuadido de su impotencia, evacuó el Llano.»

«El enemigo no ha hecho movimiento alguno sobre la Salina, y crea V. E. que sólo la superioridad de su infantería lo tiene aún en uno u otro punto de la serranía, más acá de la Sierra Nevada. Repito a V. E. que por Casanare no tenga cuidado.»

«Una partida que dirigí sobre el camino de Labranzagrande sin tocar en Paya ha hecho trece prisioneros y ha tomado algunos caballos de los que el enemigo había dejado descansando.» (2)

Cogiendo prisioneros y tomando caballos, el ejército de Casanare se aumentaba de día en día; su experto Jefe, todo prudencia y constancia, lleno de sólidos conocimientos, había formado ya una famosa División, logrando, además, que de las fuerzas enemigas se desertaran muchos de sus soldados. El General Bolívar, felicitándolo por tales triunfos, en carta fechada en Cañafistolo, el 18 de mayo, le decía:

«He celebrado infinito las ventajas que ha alcanzado usted sobre la División enemiga que amenazaba

(1) General Santander. Obra citada, página 28.

(2) Archivo citado, página 124.

esa Provincia. La conducta prudente de usted ha salvado el país de la invasión, ha asegurado la suerte de la División de su mando y ha destruído al enemigo, introduciendo la deserción en sus tropas y haciéndoles perder la moral sin aventurar un combate. Doy a usted las gracias por todos estos sucesos, que, aunque pequeños, son preliminares seguros de otros más completos y decisivos.» (1)

El Teniente Coronel Lara llegó el 9 de mayo a Rincón Hondo, en donde se hallaban parte de las fuerzas de Bolívar. Este Jefe, que se encontraba en el Mantecal, se llenó de gozo con las halagüeñas noticias que de Casanare trajo el Coronel Lara, e inmediatamente resolvió emprender la arriesgada campaña sobre la Nueva Granada, que dio por resultado la independencia de la Patria.

Refiere un testigo, el irlandés O'Leary, que el 23 de mayo convocó Bolívar a una junta, a los Jefes del ejército, Generales Soublotte y Anzoátegui; Coroneles Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Rook, Plaza y Manrique, para que aquellos militares desdieran los destino de la América.

En una choza abandonada de la triste aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión a la Nueva Granada. Tan sombrío sitio estaba totalmente desmantelado, mesas no existían, y por asientos únicamente se veían blanquear las calaveras de unas reses que, para racionar las tropas de una guerrilla realista, se habían matado no hacía mucho tiempo. Y añade el ameno narrador: «No de otro modo se me figura deliberarían Rómulo y sus compañeros cuando resolvieron trazar los estrechos límites de la Ciudad Eterna.» (2)

(1) Archivo citado, páginas 128 y 129.

(2) Obra citada, página 645.

Bolívar habló con esa elocuencia que le era tan común, sobre el estado del ejército, pintándoles con los colores más sombríos el peligro de permanecer en los Llanos, durante la estación lluviosa, consumiendo los pocos recursos, y expuestos a mil enfermedades que climas tan mortíferos producen. En seguida, Soublette, Jefe del Estado Mayor, leyó las notas que se habían recibido de Casanare. Luégo, Bolívar tomó nuevamente la palabra y expuso el plan para la invasión de la Nueva Granada; éste era: penetrar por la vía de Cúcuta, con las Divisiones de Páez y Anzoátegui; Santander, entre tanto, haría una bonita diversión en Casanare. Empero, aun cuando éste no era el verdadero proyecto — dice O'Leary — pues Bolívar « conservó para sí la clave de su empresa, que era el punto de ataque; » se les encargó a todos la reserva, a que ninguno de ellos faltó; « sólo Iribarren fue el único que pocos días después trató de frustrarla, induciendo a la desertión al Cuerpo que él mandaba. » (1)

Al General Páez se le escribió dándole cuenta del plan que se pensaba adoptar; y al mismo tiempo fue despachado un emisario a Casanare, a donde el General Santander, dándole órdenes para que fuera venciendo los obstáculos que se oponían a aquella magna empresa. Tres días antes, Bolívar ya le había escrito al Jefe de Casanare lo siguiente :

« Para ejecutar una expedición que medito a la Nueva Granada, conviene que reúna usted todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar al interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luégo que haya formado el plan y combinados los movimientos entre ese Cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa.

(1) Obra citada, página 646.

«Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse; así, me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare, y a encargarle, con el último encarecimiento, el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Usted solo, solo debe saberlo.

«Dios guarde a usted muchos años.

«Cañafistolo, mayo 20 de 1819.

«BOLÍVAR» (1)

El Libertador no dudaba del éxito de la campaña; la Nueva Granada, decía «se halla en el estado más propicio para ser libertada, y creemos con fundamento que lo será con poca dificultad, y entonces nuestros medios para finalizar la guerra se habrán aumentado muy considerablemente. Hace mucho tiempo que estoy meditando esta empresa y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele; así lo creo y es de desear.» (2)

Sorpresa inmensa tuvieron los granadinos cuando, de las llanuras orientales, llegó el Libertador, y no fue menos la que tuvieron los peninsulares cuando, perdiendo terreno de día en día, llegaron al puente de Boyacá, donde se dio la famosa batalla el 7 de agosto, que fue, según la poética pluma de D. Eduardo Blanco, «día de eclipse para las armas españolas en sus colonias de ultramar, de luz y de esplendor para la tierra americana.» (3)

El 24 de mayo, Santander, lleno de gozo por la próxima salida de Venezuela del Ejército Libertador, «envió con el Capitán Ramón Zapata a los pueblos

(1) Archivo citado, páginas 130 y 131.

(2) Archivo citado, página 138.

(3) *Venezuela Heroica*, página 313. (Librería Paul Ollendorff, París).

oprimidos por los españoles» una proclama que fue muy conocida, y produjo, tanto en la capital como en las provincias, un entusiasmo general. Dice así:

«*Granadinos:*

«El momento de vuestra libertad ha llegado. La intrépida vanguardia de un poderoso ejército marcha bajo mis órdenes a despedazar vuestras cadenas, y a vengar los ultrajes recibidos del bárbaro español. Alentaos, y reunid por un instante vuestros esfuerzos a los nuestros; en un instante de vigor y actividad vais a recobrar el dón más precioso del cielo, que sólo la seducción, la intriga y la perfidia pudieron arrebatáros.

«Las armas de la independencia triunfan por todas partes. En Méjico, en Chile, en el Perú, en Lima misma, acaban de obtener victorias decisivas de la libertad de América. Venezuela, la heroica Venezuela, va a fijar su destino, después de haber pulverizado el mayor ejército español que ha salido de la Península.

«Sólo vosotros, granadinos, aún gemís en la servidumbre. Mas no durará muchos días tan triste condición. El ilustre Bolívar aparecerá triunfante en vuestro territorio, seguido de un gran número de bravos, que han jurado no envainar su espada mientras existan tiranos. Entre tanto, los valientes de Chile y de Buenos Aires libertan las provincias de la desventurada Quito.

«Compatriotas: vuestro honor, vuestra felicidad, reclaman imperiosamente vuestra más eficaz cooperación. El ejército que mando se compone de vuestros hermanos, de vuestros parientes y de vuestros amigos. Yo mismo soy uno de vosotros. No tengamos todos otra ambición que restituírnos el goce de nuestra li-

bertad. Ausente de vosotros, oyendo siempre el ruido de vuestras cadenas, no he tenido otro consuelo que ver cubiertos los campos de Venezuela con los cadáveres de los bárbaros que os subyugaron.

«¡A las armas, compatriotas! Venganza contra el fiero español que ha derramado la sangre de nuestros más ilustres ciudadanos, y ha assolado nuestro país. Reuníos a las tropas de mi mando, contribuid vosotros mismos a libertaros; reuníos pronto, y marchad sobre el miserable resto de bandidos que profanan nuestro territorio. Venid seguros de que el suceso coronará nuestros esfuerzos.

«Cuartel general de la vanguardia, en Manare a 24 de mayo de 1819.

«*Francisco de P. Santander*» (1).

El 2 de mayo, desde el cuartel general de Tame, Santander le escribía a Bolívar, dándole cuenta de las providencias que había tomado, para no mantener reunido en un solo punto todo el ejército, con el fin de evitarle muchos padecimientos; pero que había situado de una manera muy conveniente los cuerpos para que en cualquier momento la marcha no se les dificultara. También le decía que en lo tocante a su división nunca se tardaría en operar sobre el enemigo. Por último le daba cuenta de que a Sogamoso había enviado a un Oficial muy conocedor de esa región, en donde tenía su familia, con el fin de que repartiera algunas comunicaciones a los guerrilleros, le averiguara minuciosamente por el verdadero estado del reino, y todo se lo comunicara a la mayor brevedad, para informar con gran prontitud al ejército de Venezuela (2).

(1) Archivo citado, páginas 131 y 132.

(2) Archivo citado, páginas 142 y 143.

El 27 de mayo salió Bolívar con su ejército del Mantecal en dirección a Casanare. Las tropas se componían de cuatro batallones de infantería, a saber: «Rifles,» «Bravos de Páez,» «Barcelona» y «Legión Británica,» los cuales componían un todo de mil trescientos hombres; la caballería la formaban los escuadrones «Húsares,» «Llano arriba» y «Guías de Apure,» cuya suma de soldados ascendió a ochocientos (1). De la infantería se formó una división llamada de retaguardia, dirigida por el General Anzoátegui. El ejército se componía en su totalidad de hombres llenos de juventud, que despreciaban los cuidados de la vida, sin preocuparse para nada de las fatigas y peligros que ella trae.

Los principales jefes eran: Simón Bolívar, Presidente. Estaba en toda la plenitud de su fogocidad, aún no había cumplido treinta y seis años. Su vida en el Llano durante las marchas era muy sobria, «se levantaba con el día, montaba a caballo para visitar los diferentes cuerpos, de paso los animaba con algunas palabras cariñosas o con recuerdos lisonjeros. Acompañado de su Estado Mayor seguía a su ejército; al medio día se desmontaba para bañarse, cuando había dónde; almorzaba como los demás, con carne sola, y descansaba luego en su hamaca; después dictaba sus órdenes y despachaba su correspondencia, lo que hacía moviendo constantemente la hamaca. Después de haber comido las tropas su corta ración se continuaba la marcha hasta encontrar, si era posible, alguna mata o pequeño bosque donde se acampaban, o si no a campo raso» (2). Su salud era asombrosa; su actividad, única; y bajo la tez quemada de su rostro, palpitaba su sangre vasca, que es toda tenacidad y fuerza.

(1) O'Leary. Obra citada, página 650.

(2) O'Leary. Obra citada, página 640.

Carlos Soubllette, General. Jefe del Estado Mayor, «unido a Bolívar por lazos de sangre y de amistad.» Fue entusiasta patriota desde el principio de la guerra; parecía un poco reservado, pero la cultura exquisita de su temperamento, hacía que esta opinión se borrara a medida que se le conocía. Contaba veintinueve años.

José Antonio Anzoátegui, General. Comandante de la división llamada de Retaguardia. También venezolano como los dos personajes anteriores. Sus servicios militares empezaron con la revolución. Como soldado, era muy valiente; y como jefe, era muy recto. Bolívar lo estimaba sobremanera, no obstante su carácter áspero y desapacible.

Jaime Rook, Coronel inglés. Mandaba una brigada en la división de Anzoátegui y era el polo opuesto de este jefe. Una sana alegría rebosaba en su rostro; nada le disgustaba; el mortífero clima del Apure le parecía excelente y el de la Nueva Granada no tenía rival en el mundo. Las campañas de los Llanos, sencillamente eran deliciosas. Su heroico valor, era como su genio, salpicado de coquetería. Y con el buen humor con que veía la caída del sol en occidente, con ese mismo buen humor soportó luego la amputación de un brazo que perdió en «Pantano de Vargas.» Para este inglés tan inglés, todo era *all right* (1).

Tales eran los principales jefes del ejército, que llegó a Casanare el 5 de junio, con el fin de unirse a las fuerzas del General Santander. También venían otros militares no menos distinguidos, como los Tenientes Coroneles Arturo Sander, Cruz Carrillo y Juan Mellao; y los Coroneles Ambrosio Plaza, Hermenegildo Mujica, Leonardo Infante y Juan José Rondón. Por último, venían Daniel Florencio O'Leary y José

(1) O'Leary. Obra citada, páginas 658 y 859.

el Ferrocarril Carmel José M^{te} Conzuela Jefe
de E. M. de la División Retaguardia
y luego el Capitán ayudante O'Leary

María Córdoba. O'Leary, tan entusiasta, tan amante de la libertad, que hizo toda la campaña de las llanuras venezolanas y de las granadinas; la del Ecuador y del Perú; que fue edecán de Anzoátegui, de Sucre y de Bolívar, sirviéndole también de Secretario, y que por último escribió un bien documentado y hermoso libro sobre todas aquellas épocas, que él modestamente lo tituló *Memorias*. Y, en fin, como un reto a los peninsulares, llegaba Córdoba, con 20 años apenas, bello como Apolo. Sus grandes ojos turcos brillaban como dos puntas de puñales toledanos, y tras ellos seguían encadenados los corazones de las bellas; su nariz borbónica husmeaba futuros triunfos que no habían de tardar. Era el tipo completo del militar independiente: muy valiente, muy osado y muy inflexible. Acababa de iniciarse. Era un adolescente, y una de las más seguras esperanzas que tenía la patria torturada. Su interesante vida ha sido muy bien contada en ameno libro, por el infatigable doctor D. Eduardo Posada, que es incansable en la repasada de viejos códices y en la ordenada de antiguos y dispersos papeles.

El mismo día que el pequeño, pero lucido ejército de Bolívar dejó las llanuras venezolanas, empezaron las terribles lluvias que inundan las sabanas e impiden el tránsito de los viajeros.

«Desde el Apure,—dice el General Santander—había que atravesar innumerables ríos caudalosos y navegables, caños profundos y sabanas inmensas inundadas» (1).

Las contrariedades empezaron desde la víspera de la salida de Bolívar del Mantecal; en ese día, se desertó el escuadrón «Húsares», y aun cuando tan desastroso

(1) Archivo citado, página 44.

suceso «no desalentó al Presidente y a los demás cuerpos,» (1) sí disminuía en cantidad considerable, el número de soldados.

El 5 de junio acabó la división venezolana de pasar el Arauca. Desde este lugar escribió al General Santander a Bolívar:

«Yo seguiré de aquí hoy mismo con el ejército que estará incorporado con V. S. dentro de siete u ocho días. Probablemente yo me adelantaré en la marcha para tener antes esa satisfacción.

«Espero encontrar a V. S. preparado del todo para moverse y que no habrá olvidado tomar todas las medidas necesarias para tener abundantes transportes para el parque, y todos los caballos útiles que sean posibles para remontarnos, pues los que lleva el ejército apenas alcanzarán hasta el cuartel general de V. S.» (2)

El 6 continuaron la marcha las tropas del Apure. Santander, muy oportunamente, había dado órdenes a la región de Arauca para que todo lo que necesitara la tropa, le fuera suministrado en seguida. Este jefe había desplegado su actividad en todos sentidos y aun cuando su salud estaba un poco indispuesta, a causa de unas calenturas, ya había dado órdenes convenientes, para que el 1.º de julio, la división a su mando empezara a moverse. Al mismo tiempo prevenía a Bolívar, para que, si hacía su entrada por la Salina, la llevara a cabo solo con la infantería, pues, «aun cuando por esta vía el camino es más corto,» en sus páramos tiene mucha piedra y la mayor parte de las fuerzas realistas estaban cargadas de ese lado; por lo tanto la caballería debía hacer su invasión por Zapatoca. (3)

(1) O'Leary. Obra citada, página 65^A.

(2) Archivo citado, página 157.

(3) Archivo citado, página 156.

En seguida había ordenado que sobre Ton se instalara un cuerpo de cien infantes, pues la posición de la Salina, que quedaba inmediata, había sido fortificada, reforzándola el enemigo hasta con seiscientos hombres. A los oídos de las tropas reales llegaron las noticias de los adelantos de las fuerzas patriotas, llevadas por unos hombres viejos, que el General Santander licenció en Manare; esto fue hecho con intención, para mantener a la guarnición de aquel punto en constante alarma, y así «proporcionarle ocasión de disgustos y enfermedades» (1).

El invierno avanzaba; las lluvias habían aumentado considerablemente; los caños crecidos derramaban sus aguas por la pampa, y los ríos, rotos sus cauces, inundaban los caminos.

Al ejército patriota nada lo detenía. En los días 6 y 7 pasó el temible estero de Cachicamo, en botes de cuero que construyeron, con el fin de evitar que la humedad dañase el parque, y también para aliviar a la tropa que no sabía nadar (2). En tiempos anteriores el correo era detenido por meses enteros frente a esta laguna, «que es de muchas leguas de diámetro y en invierno forma una gran sabana a inmediaciones del río Arauca» (3).

Por espacio de siete días las tropas marcharon con el agua a la cintura, teniendo que descansar al raso, en terrenos estrechos, a donde la humedad no había alcanzado a llegar; llenos de hambre y ateridos de frío, pues en tan cruda estación raro era el soldado que conservaba su pantalón; la mayor parte llevaban por único vestuario un *guayuco*; otros una miserable frazada, con

(1) Archivo citado, página 159.

(2) O'Leary. Obra citada, página 655.

(3) Archivo citado, página 44.

la cual, en vez de cubrirse, abrigaban con amor inmenso, el fusil y las municiones (1).

Después del paso de los ríos Cuiloto, Ele—en cuyo pasaje se ocupó un día y una noche—y Cravo, llegó el ejército muy extenuado al pueblo de Tame, que yace «en una bonita altura.» Inmediatamente el Libertador escribió al General Páez, dándole cuenta de la satisfacción tan grande que había tenido el día anterior, al encontrarse con el General Santander; pues Bolívar había llegado a este punto, un día antes que su tropa. Luego, le decía que el enemigo había reforzado el punto de la Salina hasta con seiscientos hombres de la mejor gente que tenía, siendo este uno de los más considerables cuerpos que les cerrarían la marcha, pues los demás eran demasiado débiles, y la parte principal del ejército se había retirado a Santafé, evacuando a Sogamoso. Y en fin, para terminar le expresaba:

«A pesar de ser el camino de la Salina el que está más cubierto y fortificado, estoy decidido a hacer mi marcha por él, así, por que es el más breve y el mejor, como porque ofrece mil comodidades para las tropas, que pernoctarán siempre en poblado y sufrirán poco el rigor de los páramos, por ser menos fuertes y no tan largos.

«Todas las medidas están tomadas para emprender de aquí la marcha el día 15 sin falta. Los prácticos convienen que dentro de quince días estaremos en Sogamoso por lentas que sean las marchas. Estoy, pues, cierto de que el 27 a más tardar habré llegado a Sogamoso, y usted debe ocupar a Cúcuta un poco antes, es decir, entre el 25 y el 27» (2).

El 14 el ejército acampó en Betoyes; allí fueron

(1) O'Leary. Obra citada, página 655.

(2) Archivo citado, página 162.

obsequiados por el General Santander con algunos racimos de plátanos, que fueron comidos con delicia por aquella hambreada gente. En este punto estaba el cuartel general de Casanare. Las tropas de Bolívar hicieron alto, y por espacio de cuatro días, que en dicho lugar permanecieron, sus jefes se dedicaron a prepararlas para la próxima campaña (1).

La columna que dirigía el General Santander, llamada de Vanguardia, había roto la marcha con mil dificultades, debidas a las interminables lluvias que seguían cayendo diariamente sobre las yermas pampas. Desde Carrastol, a 20 de junio, le comunicaba al señor Presidente del Estado:

«El riguroso invierno de ayer ofreció mil dificultades a la columna de vanguardia. En todos los puntos por donde he pasado he dejado prácticos para el ejército, y a V. E. acompañaban los Coroneles Lara y Molina. Ignoraba hasta hoy que hubiera caminos extraviados para arrear ganados. En el único brazo de Aciporo, que lo permite, hice poner puente de a pie. Este río, el de Pauto y otros caños, si llueve son invadeables.»

«Por el adjunto oficio verá V. E. que se han mandado venir las canoas al Pauto; que la cogida de ganados se ha hecho hasta donde se ha podido; y que las dificultades que presenta el Comandante General son de las que no puedo superar, teniendo orden de V. E. de reunir todos los hombres y todos los caballos para operar.

«El Batallón de Arredondo ha pasado hoy a Pore, y mañana seguirá el que hoy está aquí, de suerte que mañana estarán reunidas allí todas las tropas de vanguardia.

«Si el Pauto da vado, entretanto V. E. llegare con

(1) Archivo citado, página 145.

el ejército, lo hago pasar a la división y esperaré en el punto del atajo. Del Carrastol se puede ir a Pore por el camino real o por Tortugas a la Casa de Teja del Palmar, y luego al Zural, de donde si se quiere baja a pasar por Naranjito, o si sube a pasar por Pore, en inteligencia de que este último sólo se hace si hay vado.

«Marcha ahora el Comandante de *Guías de Vanguardia* a activar todo lo que faltare, y yo precisamente seguiré mañana.

«Dios guarde a V. E. muchos años.

«Excelentísimo señor,

«*Francisco de P. Santander*» (1).

En la misma fecha, el General Bolívar, desde Cordero, le daba cuenta de las dificultades que presentaban los caminos a causa de las lluvias que se habían hecho insoportables desde el día 18; por tal motivo, todos los caños muy crecidos, habían tenido que pasarlos a nado; en tal operación perecieron varias mulas de los Oficiales, y el ganado mostraba mucha resistencia en los pasos, siendo así muy fácil su pérdida.

Con el fin de poner puentes en los brazos del Aciporo y en los demás caños que se presten a ello, fueron adelantados los Coroneles Lara y Molina; al mismo tiempo esta disposición fue comunicada al General Santander, con el fin de que él hiciera algo semejante en todos los brazos que fuera encontrando, para que las tropas de retaguardia no sufrieran demora (2).

El 22 llegaron las tropas de Bolívar a Pore, capital de la Provincia de Casanare. En este lugar se unieron los cuerpos de la división del General Santander, compuesta de mil doscientos hombres armados de fusil y

(1) Archivo citado, páginas 164 y 165.

(2) Archivo citado, página 165.

seiscientos llaneros (1); luego se distribuyó el ejército en dos divisiones llamadas de Vanguardia y Retaguardia.

En seguida, en las afueras de la ciudad, bajo la bóveda celeste y ante la inmensidad de la pampa, el Comandante Ramón Nonato Pérez obsequió al Ejército Libertador, con un frugal banquete, compuesto sólo de una novilla gorda, bien asada, al uso del Llano, y unas tinajas de guarapo, que fue saboreado con delicia por aquellos fatigados soldados, que siempre valientes, soportaban con gran entereza la humedad del terreno y las brasas candentes de la atmósfera.

En esta reunión reinó la más franca alegría. El Libertador con esa viveza y penetración de su temperamento ardiente, notó que el valiente Coronel Rook llevaba una casaca vieja, bien abrochada, y que no tenía camisa; entonces le preguntó:

—¿Coronel, no tiene usted camisa?

—No, General.

Inmediatamente el Libertador llamó a su Mayordomo, José Palacios, y le dijo:

—Déle usted una de mis camisas al Coronel Rook.

—Cuál?—respondió el Mayordomo—V. E. no tiene más sino dos, la que tiene puesta y otra que le están lavando» (2).

Los circunstantes sonrieron, viendo que si ellos estaban escasos de camisas, su Jefe tampoco las tenía; pero en cambio, conservaban viva la llama del amor patrio, que les había hecho arrostrar tantas penalidades y tantas fatigas, para legarnos el más precioso bien, que es la libertad.

Al día siguiente, las dos tropas llaneras, hechas una

(1) General Santander. Obra citada, página 28.

(2) J. López. Obra citada, página 5.

sola, continuaron su marcha. Esta se componía de los siguientes cuerpos:

- «Batallón 1.º de Cazadores».
- «Batallón 1.º de línea, de la Nueva Granada».
- «Batallón 1.º de Venezuela».
- «Batallón de Rifles».
- «Batallón de Barcelona».
- «Batallón de Bravos de Páez».
- «Batallón de Rifles ingleses».
- «Escuadrón de lanceros del Alto Llano».
- «Escuadrón de Guías de Apure».
- «Escuadrón de Guías de Casanare».
- «Escuadrón de Dragones» (1).

En la tarde de ese mismo día llegaron a Nunchía. El 24, sin ningún contratiempo, atravesaron los ríos Nunchía y Tocaría, alcanzando al día siguiente el pueblo de Morcote, donde Bolívar hizo alto para poder conseguir algunas provisiones. Luégo le escribió al General Santander, que iba adelante, con fecha 27, la siguiente carta:

«Desde antes del medio día está aquí la división de retaguardia y cuando yo esperaba que llegase también el señor Coronel Moreno con las tropas y el ganado que conduce, se ha recibido un parte de él, avisando que está con la tropa en el pie de la Cuesta, pero sin caballos ni ganado. Dice que mañana podrá venir a este pueblo; sin embargo de que aún no había llegado el ganado que dejó del otro lado del Tocaría. Una lentitud semejante me ha obligado a destinar al mismo señor Jefe del Estado Mayor General, para que vaya a activar la marcha de aquella columna y particularmente la del ganado. Hoy no comerá esta división y quién sabe si sucederá mañana lo mismo; así, he determinado

(1) Archivo citado, página 146.

hacer alto aquí, donde siquiera se encuentran plátanos, hasta que tengamos ganado necesario para la marcha. Usted esperará también en Paya hasta que reciba nueva orden, pero no es prudente emprender el camino que nos falta sin llevar los víveres necesarios» (1).

En esta misma fecha, la Vanguardia conducida por el General Santander llegó a Paya, y tuvo allí el primer encuentro de armas, desalojando al enemigo de las famosas trincheras de piedra y ladrillo, que en forma de estrella y rodeadas de fosos, éste había construído (2). Tal paso fue denominado entonces «Las Termópilas de Paya.» Los vencidos huyeron por la vía de Labranza-grande a Sogamoso.

La Retaguardia acampó el 28, a dos horas de Paya, en el Llano de Miguel. En seguida el Libertador, por medio de su edecán, el Capitán Freytes, mandó a llamar al General Santander para «conferenciar sobre la posibilidad de continuar la campaña hacia Santafé. Bolívar le manifestó la necesidad en que se encontraban de retirarse para las orillas del Apure, por la escasez de recursos en que se hallaban las tropas para continuar la campaña; allí, le decía, aguardaremos auxilios de Guayana, y volveremos a terminarla. «Me sorprendió como debía esta novedad y lo manifesté inmediatamente a los jefes de los cuerpos de mi mando» (3). Dice el Director de la Vanguardia que, en seguida, después de la conferencia, regresó a su campo. Allí reunió a Arredondo, Jefe del batallón «Cazadores,» a Joaquín París, Sargento Mayor; a Antonio Obando, Jefe del batallón de Línea; a Ramón Guerra, Sargento Mayor y al Comandante José María Cancino, Jefe del parque,

(1) Archivo citado, página 169.

(2) Archivo citado, página 175.

(3) General Santander. Obra citada, página 32.

y les hizo presente la resolución que pensaba tomar el General Bolívar.

El entonces Teniente General Obando, tomó la palabra y dijo:

«Desde el alto de Morcote me apeé de mi mula, me acosté de espaldas sobre la verde yerba, y con los pies hice la cruz a los Llanos y juré no volver a ellos por mi gusto, sino amarrado. Que se retire el General Bolívar enhorabuena, que yo estoy resuelto a internarme con mi batallón, dispersarlo en guerrillas y hacer así la guerra a los españoles» (1).

En el mismo sentido habló el Coronel Arredondo, y los demás jefes apoyaron la resolución de continuar la marcha.

Por fortuna Bolívar desistió de regresar al Llano, en vista de las razones perentorias que expuso Santander, ayudado por Lara y Anzoátegui, quienes lograron hacerlo cambiar de opinión» (2).

Dos días después, el 30 de junio, desde Paya, lanzó a los granadinos esta famosa proclama:

«*Granadinos:*

«Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare, a las órdenes del General Santander, marcha a libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española ha herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela, que, después de haber sacudido el yugo de nuestros comunes opresores, han pensado en haceros participar de su libertad. De más remotos climas una Legión Británica ha dejado la patria de la gloria para adquirirse el renombre de salvación de la América. En vuestro seno, granadinos, tenéis ya este ejército de amigos y bienhechores,

(1) Autobiografía citada, página 601.

(2) Archivo citado, página 215.

y el Dios que protege siempre a la humanidad afligida concederá el triunfo a sus armas redentoras.

«Granadinos: vosotros en los años pasados sucumbisteis bajo el poder de aquellos aguerridos tiranos que os envió Fernando VII con el feroz Morillo. Este mismo formidable ejército, destruido por nuestros triunfos, yace en Venezuela: vosotros solos sostenéis la crueldad de vuestros tiranos; pero vosotros sois granadinos, sois patriotas, sois justos; vosotros volveréis, pues contra los españoles esas armas de maldición que os habían confiado para que fueseis vuestros propios verdugos.

«Granadinos: el ejército español está convencido de vuestros sentimientos liberales: sabe que vosotros habeis sido más bien las víctimas que los instrumentos de los tiranos. No temais, pues, nada de los que vienen a derramar su sangre por constituirnos en una nación libre e independiente. Los granadinos son inocentes a los ojos del Ejército Libertador, del Congreso y del Presidente de la República. Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aun éstos perecerán, si no es en el campo de batalla» (1).

El Ejército Libertador, siguió avanzando de triunfo en triunfo hasta la capital. El Virrey Sámano, en Santafé, no hacía otra cosa que festejar los triunfos realistas, con repiques de campana y lluvia de cohetes.

El historiador Groot, refiere una curiosa anécdota, que por aquellos días tuvo lugar en casa de una distinguida familia santafereña:

Y sucedió que, en uno de estos alegres, un sujeto de filiación pacifista, entró lleno de gozo a casa de la familia nombrada, que, entre paréntesis, era de muy rancios pergaminos, contando la última derrota dada a Bolívar. El Canónigo Guerra, que se encontraba

(1) Archivo citado, páginas 173 y 174.

allí, dijo:—'No permita Dios que le den otra, porque se nos mete en Santafé.' El sujeto pacifista se admiró de tan desatinada respuesta y pidió explicación. El Canónigo se la dio con muy pocas palabras:—'Hace tantos días que nos lo dieron derrotado en tal parte y ha resultado más acá; se publicó otra derrota y lo tuvimos más cerca: pues a ese paso a la tercera lo tenemos aquí'» (1).

Y así sucedió, que a los tres días después de la gran batalla, Bolívar y sus Jefes, coronados de laureles y bajo lluvia de flores, entraron a Santafé, trayendo la feliz nueva, de que la dominación española había huído del suelo granadino para siempre. Luego el Libertador, pone las bases que habían de sustentar la gran República,—dice el admirable historiador venezolano Eduardo Blanco,—altera el mapa de la América y marca con su espada de fuego los inmensos límites de Colombia.

Bogotá. 1916.



(1) Obra citada, página 468.

INDICE

	Págs.
Introducción.....	5
1816.....	8
1817.....	18
1818.....	24
1819.....	32



ESTAS NOTAS HISTORIALES
FUERON EDITADAS EN
EL AÑO DE 1916,
EN LA CASA
EDITORIAL
DE
JUAN CASÍS